

COLECCIÓN  C E I B A

Enrique Jaramillo Levi
DUPLICACIONES



EDITORIAL  CASIOPEA



Enrique Jaramillo Levi

Enrique Jaramillo Levi (Colón, Panamá, 1944) es uno de los intelectuales más representativos de su país. Su amplia labor en el campo de las letras acoge sólidamente diversas facetas: la escritura creativa, la docencia universitaria en diferentes países y una ingente promoción en el campo editorial, entre la que es merecido destacar la fundación y dirección de *Maga. Revista Panameña de Cultura*.

Como escritor ha cultivado con notable éxito la poesía, el teatro y el ensayo, pero es en el cuento donde ha logrado la mayor difusión y altura estética, con un soporte hondamente original que lo distingue de otros creadores del área centroamericana e hispanoamericana en general. Desde sus tempranas incursiones en el género cuentístico ha seguido una trayectoria coherente y brillante, como muestran sus numerosos libros: *Catalepsia* (1965), *Duplicaciones* (1973), *El bíbo que dejó de latir* (1974), *Renuncia al tiempo* (1975), *Abora que soy él* (1985), *El fabricante de máscaras* (1992), *3 relatos de antes* (1995), *Tocar fondo* (1996), *Caracol y otros cuentos* (1998), a los que se añade la reciente aparición en México de *Senderos retorcidos (Cuentos selectos: 1968-1998)* (2000). La extrema calidad de sus creaciones ha merecido la publicación y traducción en Estados Unidos, Alemania, Austria, Polonia, Hungría, Francia y Brasil, así como el estudio de algunos de los más prestigiosos críticos de todo el mundo. Muchos de éstos han sido recogidos con amplitud en la reciente compilación: *La confabulación creativa de Enrique Jaramillo Levi* (2000).

DUPLICACIONES

COLECCIÓN  C E I B A

DUPLICACIONES

Enrique Jaramillo Levi

EDITORIAL  CASIOPEA

Editora: Marta Fonolleda

Imagen de la cubierta: © Luis Cruz-Azaceta, *Alter-Ego*

Imagen del autor: fotografía de Lester Burton (Panamá)

Maquetación: Editor Service, S.L.
creadisseny@editorservice.net

Pau Claris, 177, 1º 2º - 08037 Barcelona

e-mail: editocasiopea@crv.es

www.editorialcasiopea.com

Primera edición:

Editorial Joaquín Mortiz, S.A. (México, D.F.), 1973.

Segunda edición:

Editorial Katún (México, D.F.), 1982.

Tercera edición:

Editorial Orígenes (Madrid), 1990.

Cuarta edición:

Editorial Casiopea (Barcelona), 2001.

© Enrique Jaramillo Levi, 2001

© Editorial Casiopea, 2001

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Derechos exclusivos para la lengua española

Impreso en España por Kosmos

ISBN: 84-95446-11-1 / Depósito legal: B-27.065-2001

Dedico esta cuarta edición de **Duplicaciones** al Dr. Ricardo Segura J. (Universidad de Panamá), primer crítico panameño que supo entender, estudiar y plantear coherentemente la naturaleza de las nuevas propuestas formales y de contenido articuladas en estos cuentos; al Dr. Fernando Burgos (University of Memphis), quien desde ángulos originales e integradores los interpretó y difundió desde los Estados Unidos; y a la Dra. Ángela Romero Pérez (Universidad de Salamanca), porque profundizó con lúcidos juicios en sus aspectos aún inéditos y ahora permite con su Prólogo a esta versión definitiva, que este libro sea valorado en España.

Índice

Prólogo: Tras los pasos de un libro mítico por <i>Ángela Romero Pérez</i>	11
Acechos	15
Ciclos de acecho.....	17
La figura	19
Llanto presentido.....	22
Rostro.....	25
El olor.....	27
La intención.....	29
Duplicaciones	31
La fiesta del sótano	33
Suicidio.....	35
El esposo.....	37
Duplicaciones	38
Cuando miro su (mi) fotografía	41
La tarde del encuentro	43
El incidente	46
Simultaneidades	49
Agua de mar	51
Libro sin tapas	52
Síntesis corregida y aumentada	55
Ofertorio	61
Mientras dormía	65
El lector	69

DUPLICACIONES

Enajenaciones	79
Los zapatos.....	81
Como si nada.....	82
Oscilaciones.....	87
Underwood.....	88
Primera reunión.....	90
Metamorfosis	93
Recordando desde el tedio.....	95
Los anteojos.....	98
Paseo al lago.....	101
Germinación.....	104
Evasiones de la muerte.....	107
Las palomas.....	109
Incidencias	113
El espectáculo.....	115
Inercia.....	117
La alumna.....	122
Maniqués.....	125
La gringuita de la moto.....	127
Testigo.....	130
Re-incidencias	133
Nereida.....	135
El baúl.....	141
Se llama Lucía.....	143
Bautismo ausente.....	146
Nuevas duplicaciones	149
Te amo, Silvia.....	151
Piensan que no tuve un buen motivo.....	154
El búho que dejó de latir.....	169
Escribiendo a máquina.....	179
Vergüenza.....	183

Prólogo

Tras los pasos de un libro mítico

Han pasado once años desde que *Duplicaciones*, del escritor panameño Enrique Jaramillo Levi (Colón, 1944), fuera editado por tercera vez, en 1990. Pero hasta esa fecha el libro había seguido una particular trayectoria editorial que merece la pena recordar. La primera apuesta de publicación había partido en 1973 de la prestigiosa editorial mexicana Joaquín Mortiz, y la buena recepción que obtuvo fue la causa que provocó una segunda edición en la también mexicana Editorial Katún en 1982, con el añadido de cinco cuentos nuevos ya publicados en otros dos libros anteriores —“Te amo, Silvia”, “Piensan que no tuve un buen motivo” y “El búho que dejo de latir” (*El búho que dejo de latir*, 1974), “Escribiendo a máquina” y “Vergüenza” (*Renuncia al tiempo*, 1975)— ya que el escritor consideró que se hermanaban con los de *Duplicaciones*, tanto por la actitud vital con que los concibió, como por la temática. Actualmente ambas ediciones se encuentran agotadas.

Con ese lento, pero certero, camino *Duplicaciones* llega a la tercera edición de 1990, en la Editorial Orígenes, primera en España de un libro de cuentos de un escritor panameño, dejando a su paso la aparición de algunos de sus relatos en publicaciones de Brasil, Polonia, Hungría, Estados Unidos, Alemania Occidental y Austria, y posteriormente también en Francia. Y una huella de amplio reconocimiento que fragua en la aparición de numerosos trabajos críticos entre los que destaca *Puertas y ventanas (Acercamientos críticos a la obra literaria de Enrique Jaramillo Levi)*, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1990), en el que se recopilan trabajos firmados por especialistas de diferentes países dedicados al análisis del conjunto de la obra de Jaramillo Levi, muchos de ellos volcados en los cuentos de *Duplicaciones*. La notable proyección internacional del libro condujo a su traducción al inglés en 1994 con el título de *Duplications and*

Other Stories de la mano de Leland H. Chambers (Latin American Literary Review Press, Pittsburgh, Pennsylvania, 1994).

Los cuentos que componen *Duplicaciones* se gestaron en México a lo largo de 1971, tiempo en que Jaramillo Levi disfrutó de una Beca Centroamericana de Literatura concedida por el Centro Mexicano de Escritores. El proyecto de su escritura es producto de una rigurosa autodisciplina que surge como respuesta creativa a los conocimientos adquiridos en un taller literario al que asiste en México tutelado por el maestro Juan Rulfo quien, según confiesa el propio escritor, le enseñó a pulir y limar el estilo, en sus palabras “*a castigar el lenguaje*”¹. Y también como forma de canalizar la profunda inquietud creativa que le atenazaba desde su adolescencia, ya puesta en práctica casi una década antes con un libro de relatos titulado *Catalepsia*, con el que ganó en 1964 una mención honorífica en el Concurso Nacional de Literatura de Panamá “Ricardo Miró”. Igualmente por esos años se había iniciado en el cultivo del género poético, y algunas de sus composiciones aparecen en numerosos periódicos y revistas, como preámbulo al que será su primer poemario: *Los atardeceres de la memoria* (1978), y en el teatro con *La cápsula de cianuro* (1967).

A estas alturas es indiscutible que *Duplicaciones* es un libro clave y el más importante en la larga trayectoria creativa del escritor panameño. Lo prueba el que a tres décadas de su aparición siga motivando numerosa atención por parte de estudiosos de todo el mundo, y que para el propio escritor sea siempre un referente a tomar en cuenta en los nuevos libros de cuentos que ha publicado en los años siguientes.

Duplicaciones está compuesto por cuarenta y cinco cuentos que forman un universo cohesionado, ya que todos son de temática fantástica y participan de un clima y ambientación similar. Así lo reconocía el crítico Fernando Burgos al afirmar que “*Duplicaciones es un solo gran texto de extraordinaria fluidez y resonancia narrativa*”².

La formulación temática general del libro confronta desde diversas perspectivas la complejidad del mundo interior del hombre con su realidad externa. En los diferentes cuentos van tomando relevo senti-

¹ Edward Waters Hood, “En torno al cuento. Entrevista con Enrique Jaramillo Levi”, *Maga, Revista Panameña de Cultura*, 36, (1999), pág. 22.

² Fernando Burgos, “Prólogo a *Duplicaciones*”, Madrid, Edit. Orígenes, 1990, pág. 26.

mientos y actitudes que a ningún mortal nos son ajenas, como la recóndita culpa (“La figura”), la más oscura angustia existencial traspasada por la inexorabilidad del paso del tiempo, siempre capturado desde parámetros psicológicos (“Evasiones de la muerte”, “Inercia”), la violenta o sutil traición al amor pasional y el dolor ilimitado que produce (“Llanto presentido”, “El olor”, “El esposo”, “Underwood”, “Paseo al lago”), los celos patológicos y la consiguiente venganza (“Piensan que no tuve un buen motivo”), la extrema soledad (“Rostro”) y el erotismo o la muerte como caras de una misma moneda (“El espectáculo”). Se está narrando en definitiva el reiterado fracaso de la intercomunicación entre semejantes.

Estos temas se enhebran en muchos casos con la pérdida de la identidad física y psíquica de los personajes. Asistimos a una asunción moderna de las metamorfosis de la mitología clásica, ya que muchos de los protagonistas de los relatos ven operarse una transformación radical de sus rasgos humanos, para convertirse en noche, búho, paloma, mesa, poste de la luz, o parte orgánica de una naturaleza vegetal gigantesca. Todo articulado mediante incursiones en el territorio de lo onírico y en otros mecanismos de orden inconsciente, como la alucinación, las obsesiones circulares que acechan sin descanso, la confusión entre sueño y vigilia, fantasía y realidad, en un ávido muestreo de la simbología neuropsiquiátrica que Freud catalogara funcionalmente a principios del siglo pasado. Los personajes que pululan por los cuentos de *Duplicaciones* son personalidades con una capacidad de raciocinio profundamente alterada, en su mayoría enajenados, que arrojan al lector hacia una atmósfera de pesadilla que nunca nos deja indiferentes, pues nos pone frente a la familiaridad de las zonas oscuras de la condición humana que todos compartimos; al tiempo que nos adentra en los peligros y esclavitudes de la sociedad moderna en que nos hallamos inmersos.

Es destacable la aguda exigencia expresiva que el escritor le imprime a los cuentos, regidos siempre por un lenguaje dotado de gran versatilidad que ahora se presenta franco, escueto, directo y natural y luego poético, de gran plasticidad, sugerente y eminentemente evocador.

Son muchas las características que hacen de *Duplicaciones* un libro fascinante que consigue atrapar al lector página tras página, y hace vana la tarea de abandonar su lectura. Entre ellas sobresale la radical diferencia que entrañan respecto a los relatos fantásticos tradicionales. Si aquellos se preocupaban por provocar un abierto miedo u horror en

el lector, los cuentos de *Duplicaciones* quieren provocar difusos sentimientos de tensión e inquietud en el receptor, y una soterrada angustia producto de una impresión intelectual y afectiva huidiza imposible de descifrar e inexplicable por los cauces racionales. No encontraremos en sus páginas lobos, monstruos o vampiros, sino la paulatina irrupción de *algo* extraño, intangible, en la vida cotidiana de los personajes de los cuentos, que se proyecta hacia su interior y genera el conflicto. Los cuentos de *Duplicaciones* se erigen entonces en interventores de apertura hacia las zonas inexploradas de la realidad, desde el empeño en mostrar las fisuras y quiebras de la objetividad que normalmente todos aceptamos como real. Y en ese extremo sólo cuenta la apelación a la inteligencia del lector que debe reconstruir el relato y darle su verdadera dimensión y sentido.

Bajo el ropaje estético y temático de *Duplicaciones* reconocemos las huellas de dos de los máximos exponentes de la literatura hispanoamericana y sobre todo del cuento fantástico: Borges y Cortázar; y de los más grandes cultivadores universales del género como Edgar Allan Poe, verdadero inventor del cuento moderno, Kafka o Bram Stoker. Pero su eco en ningún caso le resta originalidad al libro, ya que Jaramillo Levi además de revitalizar los planteamientos del cuento fantástico, los trasciende y reformula confiriéndole una profunda novedad. Y precisamente en la rotunda novedad —temática y técnica— que aportan en un medio literario tan cerrado como el panameño estriba uno de sus primeros valores. Al punto de que al día de hoy pueda decirse sin temor a precipitarse que *Duplicaciones* se signa como un libro de rango mítico que ha teñido la experiencia colectiva de buena parte de los jóvenes escritores panameños y centroamericanos en general surgidos en décadas posteriores.

Todas son sobradas razones para celebrar en este inicio de milenio la nueva entrada en el mercado editorial español de *Duplicaciones*. Cuando más que nunca han sido abolidas, como se reclama a través de los cuentos del libro, nuestras certezas y nos insertamos en un tiempo y espacio multiforme, incierto y extraño, que sin duda la lectura de *Duplicaciones* nos ayudará a comprender mejor.

Ángela Romero Pérez
 (Universidad de Salamanca)
 Marzo de 2001

Acechos

...Quién sabe si esta otra mitad de la vida en que creemos estar despiertos, no es sino un sueño un poco diferente del primero del que despertamos cuando creemos dormir.

PASCAL

Ciclos de acecho

Me despiertas en las noches, me despierta tu presencia detrás de la puerta. Otras veces te siento junto a mi cabecera o a un lado de la cama. En la calle he llegado a temerle a tus pasos a mi espalda, sobre todo cuando se detienen muy cerca y sé que miras por encima de mi hombro.

Estoy cansada de que leas conmigo libros y periódicos, de que saborees la comida que me dan. Si canto, percibo en el fondo de mi voz el leve temblor que dejas. Ya no me atrevo a hablar porque tú estarás doblando con tu aliento mis palabras y tendré que reconocerte en las cosas que digo. Sólo falta que mis más íntimos pensamientos resulten ser también parte de esa presencia tuya que crece y se diversifica a toda hora haciéndome la vida imposible.

He tratado de explicarme el porqué de tu acecho. Hurgando en el pasado llegué a sospechar que te conocí en una mancha de tinta que se convirtió ante mis ojos en mariposa que aleteaba con furiosos deseos de huir. No eras siquiera hermosa como las que visitaban, siendo yo niña, el jardín. Tus alas estaban recubiertas de un fango oscuro y viscoso que se iba endureciendo a medida que trataban inútilmente de escapar. Sólo tus ojos eran hermosos, dos bolas brillantes y pulidas que reflejaban todo lo que estaba a nuestro alrededor, incluyendo mis ojos que no podían dejar de mirarte, hechizados. Pero sé que tú no eres aquella extraña mariposa. Lo sé porque una noche, tras soñar que había logrado escapar y me miraba fijamente como queriendo atravesar el sueño, la hallé muerta sobre la cama, junto a mis pies, sin ojos. Éstos no pudieron abandonar su sitio obsesivo en mi cerebro y pronto fueron recurrentes pesadillas.

La presencia que no me deja vivir son aquellos ojos, eres tú, fijación que te transformas. Nada tienes que ver con la mariposa que te apri-

DUPLICACIONES

sionaba. Ya no tengo que soñarte para que me persigas. Estás en todas mis acciones, insinuante, desdoblada, multiforme. Cuando sepa exactamente qué es lo que presiento, se habrá concretizado también esta cruel obsesión. Entonces podrás recuperar tus alas y volar a otros mundos para que en nuevas manchas de tinta adquieras la identidad alucinante que te quieran dar. Y así podrás reiniciar tus innumerables ciclos de acecho.

Hoy te vi claramente en el espejo. Eras mis ojos que nos miraban con fijeza. Sentíamos la fuerza hermosa de su penetración atravesando la piel lánguida. Quisimos aunarnos desde la sangre simulando una defensa. Ya era tarde porque nos habían poseído, me había poseído yo misma desde el hechizo de mis ojos, tus ojos, nuestros ojos, agonizantes.

México, 26 de abril de 1971

La figura

Los inválidos, los deformes, nos turban espiritualmente porque son la prefiguración de una de nuestras posibilidades.

SALVADOR ELIZONDO, en "Cuaderno de Escritura"

Estuvo pendiente, de una manera casi visceral, del repiqueteo leve de la lluvia sobre el vidrio, hasta que la figura de Alma adquirió una textura tan real que hubiese podido extender la mano y palparla como si en lugar de ser una alucinación, ella estuviera realmente allí, de pie frente a su silla de ruedas, al igual que otras noches de lluvia, mirándolo fumar distraídamente su pipa.

El cabello negro de la muchacha despedía siempre un nítido olor a violetas que él aspiraba fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir a pesar de su esfuerzo por no cambiar la dirección de la mirada, fija en los goterones que escurrían por el cristal. El sonido peculiar de esa lluvia interminable de los trópicos lograba amplificarse entonces de tal forma en su cerebro a fuerza de concentración, que las palabras que Alma pronunciaba por distraerlo un poco no llegaban a ser más que vagos murmullos.

Y no obstante esa actitud suya, ella insistía en quedarse acompañándolo hasta que lo vencía el sueño y dejaba de oír la lluvia y las palabras con la cabeza doblada sobre el pecho. En seguida evocaba las veces que corría alegremente tras Alma en una playa solitaria hasta que le daba alcance y caía jadeante sobre aquella risa que estallaba contagiándolo. Pero escenas como ésa no duraban porque de pronto un grupo de estudiantes de la edad de ella se la arrancan de los brazos y comienzan a patearlo en el suelo gritándole viejo sátiro. Al despertar lleno de angustia ya se había marchado.

Enrique tenía ahora la impresión de oír otra vez su voz a través del chocar intermitente del agua contra ese cristal empañado que no le dejaba ver el jardín que Alma atendía antes con tanto esmero cuando él quedó inválido por la enfermedad. La sensación de aquella presencia se hizo más rotunda cuando dejó de estar atento a la lluvia y comprobó que dentro de su cabeza se estaban articulando, efectivamente, palabras ajenas a su voluntad, y que a pocos metros de la silla de ruedas una silueta, que él había ubicado sólo en su imaginación, comenzaba a materializarse.

“Te dije una vez que siempre estaría aquí para cuidarte”, comprendió que decía la voz en su cerebro. “Fue un accidente. No tuviste la culpa”.

Cuando Alma era un cuerpo hermoso del que no quedaba parte alguna por explorar, no había tenido jamás la realidad obsesiva de esta figura que ahora le permitía ver, con una claridad que perdiera horas atrás el vidrio, las cosas que permanecían al fondo del cuarto. Así pudo distinguir, directamente detrás de la silueta, la mecedora donde él solía balancearse con Alma sentada en sus rodillas, complaciente. Y viendo cómo cumplía ahora la promesa de estar siempre a su lado, tuvo ganas de hacer girar las ruedas hasta quedar junto a ella y decirle: “¡Siéntate como antes en mis piernas, chiquilla mía!”

No lo hizo porque Alma estaba muerta y él pensaba que esa presencia no era más que otra señal de su demoleadora tristeza. Entonces escuchó nuevamente, como si fuera la confirmación deseada, una coherencia de palabras que cobraron significación inmediata en su cabeza: “Estoy contigo, Enrique... No lo estás imaginando”.

El olor a violetas se intensificó en seguida y Enrique no pudo resistir la tentación de tratar de palpar aquella figura que no dejaba que sus ojos se detuvieran en ella. Si Alma estaba allí, si había vuelto asegurándole que él no tuvo la culpa, sólo podía ser porque la pobre ignoraba realmente la fuerza asesina que los celos lograron engendrar en su ánimo después de verse condenado a una invalidez permanente. No le bastó después con los cuidados de la muchacha, con las noches de lluvia que permaneció a su lado. Él sabía que por las tardes se iba de paseo al campo con chicos de su edad, que las faldas cortas y las blusas apretadas ya no eran para él. Y por eso la había hecho rodar por las escaleras en un momento de ira, por eso se acercaba ahora a esta presencia que milagrosamente regresaba a él para cuidarlo. Tenía que de-

circle la verdad, pedirle perdón abrazado a su cintura. Ya no soportaba más la culpa.

Por más que dirigía la silla hacia la figura de Alma, no alcanzaba a disminuir los pocos metros que lo habían separado de ella desde el principio. Aunque no percibía ya palabras articulándose en el cerebro, continuaba recibiendo el fuerte olor a violetas que provenía de aquel cabello negro que era lo único conciso en el rielar incansable de la silueta.

Quiso acabar con las dudas que otra vez agujoneaban su empeño y, para probarse que no estaba imaginando cosas, aceleró súbitamente el movimiento de sus manos sobre las ruedas en un afanoso intento de apresar la aparición antes de que se esfumara.

Penetró en la oscuridad y allí quedó, frenético en su silla, dando vueltas y más vueltas con los brazos extendidos.

México, 27 de junio de 1971

Llanto presentido

*Te he buscado, te busco, entre
los restos de la noche en ruinas.*

OCTAVIO PAZ, "Junio"

No te muevas. Quiero recordarte. En estos momentos tecleas alguna carta que te ha dictado tu jefe. O atiendes con esa diligencia tan tuya a algún cliente. Revisas ahora los documentos que ha traído y haces caso omiso de la mirada que recorre tu cuello y baja por tus senos deteniéndose en tu cintura breve. Alzas los ojos y sonriendo le dices que si no gusta sentarse, que llamarás enseguida a mister Mortimer. Te levantas y caminas hacia la oficina amplia. Ignoras deliberadamente la forma en que el hombre sigue el movimiento de tus caderas bajo la falda ligera y muy corta que te permite lucir esas piernas fuertes y elásticas que siempre he amado.

Hace tanto tiempo que no te veo. Y sin embargo desempeñas la misma rutina en mi mente todos los días. Me lavo los dientes, me baño, me visto tarde a la hora en que tú estás recibiendo la llamada de larga distancia para mister Mortimer, o cruzas las piernas ante el enorme escritorio de caoba sin darle importancia a la leve inclinación de su cuerpo ni al brillo lascivo de sus ojos azules que intentan trepar por tu muslo esbelto y meterse por debajo de la falda en el momento en que cambias de posición, te dispones a tomar nota y le dices que cuando quiera.

Me pongo a escribir evocando ese tenue olor dulce que despide tu pelo recién lavado y tratando de concentrarme en el sentido metafórico del párrafo que me propongo elaborar. Cada vez que marco la O, se perfila con nitidez ante mis ojos la redondez exquisita de tu ombligo,

ACECHOS

el contorno diminuto de aquel lunar cercano a ese sexo que yo descubriera una tarde cuando el sonido monótono de la lluvia y la voluntad de ser explorada que se desprendía como un vaho misterioso de tus ansias, hicieron impostergable tu entrega.

Ya no te conozco como en los besos sin fin que me dabas ni como en el sabor agridulce que dejaban en mi boca tus pezones duros ni como en esas miradas que me traspasaban la vida y se depositaban como calcio en mis huesos para hacerme fuerte cuando se hiciera inaplazable la despedida. Quisiera pensar que tu vientre sigue siendo tibia almohada para mi cabeza cuando esta separación se encoja y nuevamente pueda reconocer el sendero vasto de tus gemidos. Pero el tiempo empequeñece las promesas, hace frágiles las esperanzas.

Por las noches oigo un llanto que sale de algún sitio, y entonces te amo con menos vanidad, más allá del goce, de la culpa. Te amo queriéndole dar vida al hijo que no pudo formarse en tus entrañas. Le hu-

DUPLICACIONES

quiero permanecer dormido, conscientemente ajeno al despertar. No quiero abrir los ojos un día y seguir oyendo ese horrible llanto de niño que confirmaría tu traición.

México, 13 de julio de 1971

Rostro

La vi sentada en el borde de la acera. Su cuerpo vestido de negro era una masa que se doblaba hacia afuera, como tratando de extenderse hasta la calle en muda súplica que yo recogía al azar camino a la cita. En la mano izquierda ocultaba el rostro. A un lamento quedo siguió el silencio y yo me detuve pensando auxiliarla. Noté que el otro brazo colgaba sobre el muslo, en la mano una carta o quizá un pañuelo. Sentí largamente su gesto desolado, su actitud cansada, propia de los que esperan. Alguna desgracia le impedía percibir mi presencia, o tal vez reunía fuerzas para enfrentar alguna noticia, la llegada de alguien o la carga de una gran tristeza.

No sintió mi mano vacilante sobre su hombro, el esfuerzo que hacía mi aliento por encauzar las palabras. Su cuerpo estaba frente a mí, estático, no se había movido en absoluto. Quién sabe por qué rumbos andaba su pensamiento.

Miré de cerca la mano que ocultaba sus facciones. Los dedos eran los de una mujer madura, finos, crispados al máximo. El cabello negro le caía desordenado sobre la nuca, larga y muy blanca, confundiendo sus puntas en la tela enlutada que cubría sus hombros. Lo que tenía en la mano era una carta y supuse todo un cuadro de pesar, vivido al leer un anuncio de muerte. La compasión que me llenó estuvo a punto de convertirse en un abrazo, pero el gesto fijo de la mujer pudo más que mi lástima. Me pareció imposible romper la distancia que separaba su mente de su cuerpo y emprendí la marcha. Me alejé despacio, dejando parte de mi angustia junto a aquella masa inerte que se desdibujaba con la distancia, según confirmé al mirar atrás.

Cada encuentro con la mujer, sentada en igual forma junto a la acera, es un repetirse de todo lo ocurrido la primera vez. Para ir a mi cita debo pasar forzosamente frente al portal que enmarca entre sus co-

lumnas la figura inmutable de la mujer. Inevitablemente encamino mis pasos hacia ella, le pongo una mano sobre el hombro y hago esfuerzos por articular mi lástima. Vuelvo a comprender que será inútil, que su ausencia es más fuerte que la presencia de esa mano crispada sobre el rostro, más real que la carta que ciñe la otra mano, extendida sobre el muslo. Y me alejo con la misma tristeza, dejando junto a ella otra parte de mi angustia.

Mis encuentros con la mujer enlutada comienzan a despojarme de energías. Temo que si continúo dejando fragmentos de mí junto a su gesto perdurable, acabaré por no acudir más a mi cita. No puedo seguir abandonándome a su indiferencia, a su no estar consciente de la pena que me identifica con ella. Sé que si algún día ella logra retirar de su rostro la mano crispada que esconde su dolor, las diversas angustias que he dejado a su lado se fundirán en una sola pena intransferible porque en ese momento habrán reconocido mi rostro.

México, 22 de abril de 1971

El olor

La gata continúa mirándolo. Había visto esos ojillos fijos en él desde que abrió los suyos horas atrás. O hace varios segundos, no está seguro. Y es curioso que la gata escogiera la figura del espejo para clavar en ella su mirada obstinada, fría. Es como si viera en el reflejo del rostro pálido que sobresale de entre las sábanas, una realidad que su instinto le niega al verdadero rostro del hombre, desde el cual los ojos inquietos la ven mirándolo en el amplio espejo, interminablemente, sin parpadear.

Entonces el hombre voltea la cabeza hacia el espejo y sus ojos se encuentran allí con los de la gata. Siente un súbito mareo. Tiene que bajar la vista.

Cuando buscó nuevamente al animal en la esquina del cuarto desde donde lo acechaba, ya no lo vio. Pero al mirarse al espejo, en vez de encontrar sus ojos, aliviados de la tensión anterior, halló presos bajo las cejas intensamente pobladas los ojos de la gata.

Y continuaban acechándolo. Sí, acechándolo, porque eso hacían, eso hacen, maldita sea, me acechan, me vigilan, me están censurando. ¿Qué carajo te importa que la haya matado? Claro, ya sé, le fuiste a lamer la cara porque ella era tu protectora, la que te daba de comer. Pero también era mi mujer. Y a mí sólo sabía darme esas odiosas medicinas. Nunca tuvo una palabra cariñosa hacia este pobre diablo, excepto frente a las visitas, por supuesto. Y luego empezó a traer a ese tipo. Sin mayor explicación. Le gustó y ya. Noche a noche tuve que soportar desde esta cama las escenas que se realizaban frente a mí sin el menor recato, a propósito, burlándose de mi mal. Por eso lo hice, gatita, por eso. Ahora te has escondido dejándome tus ojos en la cara como venganza. Temes que si pudiera moverme haría contigo lo que tuve que hacer con tu dueña, ¿verdad? Pero se te olvida que para eso no fue necesario moverme.

El hombre dejó de hablar. Haciendo un poderoso esfuerzo levantó un poco la cabeza. Concentró entonces toda su atención en su escuálida imagen que reflejaba el espejo. Al cabo de varios minutos, los ojos de la gata formaban parte del conjunto animal que le correspondía. El hombre, aliviado al ver que su rostro había sido sustituido, sonrió. Volvió a concentrarse.

La gata que lo miraba desde el espejo no vio que la figura del inválido, creando allí su propio espacio, se había ido colocando detrás de ella. Tampoco supo que sus manos estaban a punto de rodearle el cuello. Sólo se oyó un estertor en aquel cuarto.

El hombre ha volteado lentamente la cabeza. En un rincón, el cuerpo de la gata se retuerce.

Espera pacientemente la última convulsión. Luego, un poco más atrás, alcanza a ver una mano crispada y recuerda complacido el rostro amoratado de su mujer, la imposibilidad del grito.

Cierra los ojos. Sabe que ya no se repetirán las pesadillas. El relajamiento es total. Han pasado las horas, tal vez los días. De pronto despierta sobresaltado. El olor que colma el cuarto cerrado, ya sin ventilación, hiere atrozmente su olfato. Al principio no comprende, pero en seguida recuerda.

Trata de concentrarse a fin de crear un olor superior, convenientemente grato. Algo falla. La peste misma lo distrae. Cómo no se esperó a que, como cada día temprano, abriera las ventanas.

En el silencio de aquella quietud, sólo se mueven las aletas de la nariz. El ritmo es lento tras el sofoco inicial, pero ya no interviene la mente.

México, 18 de octubre de 1971

La intención

Ella no comprenderá por qué hay semejante tristeza en mis besos. En su mirada veré sospecha; en sus dedos, la duda pondrá escalofríos enjutos que yo sentiré cuando intente acariciarme. No podré sostenerle esa mirada que quisiera saber lo que me ocurre, y tendré que alegar un cansancio lógico tras el exceso de trabajo en la oficina. Al dormirme de espalda a sus lágrimas, nuestra separación se habrá profundizado.

Las imágenes del sueño irán adquiriendo al rato contornos evocados durante el largo viaje a casa. Desde la distancia los labios de la otra estarán llamándome hasta el momento en que aparezca su figura envuelta en la niebla. Haré angostarse el espacio que nos separa y casi en seguida habré sentido el calor real de una boca ansiosa que se cierra sobre la mía.

Responderé a los besos y mi cuerpo no vacilará en apretarse contra el calor que me ciñe sin importarle que no abra los ojos para apreciar la vehemencia de sus gestos. Será mi compañera la que poco después, satisfecha a medias, se desprenda de mi abrazo, aunque toda mi intención se haya quedado enroscada en la carne imaginada de una Graciela que se habrá ido apartando hasta volver a ser un punto remoto que no demora en disolverse.

Amanecerá y no sabré separar del sueño recuerdos de horas idílicas vividas el día anterior. Pero al encontrarme con los ojos que me observan desde un rostro insomne, la evidencia de que ya no soy dueño del secreto será tan fuerte como el odio que se desprende inmenso de mi compañera, llega hasta mi cuello, lo rodea, aprieta...

México, 5 de noviembre de 1971

Duplicaciones

La fiesta del sótano

Ni siquiera recuerdo quién me invitó, pero Iowa City es una ciudad pequeña y no me fue difícil encontrar el lugar. Se trataba de un sótano al cual se bajaba por estrechas y débilmente iluminadas escaleras en donde las parejas, de pie o sentadas, impedían el paso con sus cuerpos abrazados. La música estrepitosa y las luces psicodélicas que brotaban de abajo y alcanzaban la calle, iban atrayendo cada vez a mayor número de curiosos.

Algunos, sobre todo los no tan jóvenes, seguían al poco rato su camino, una vez satisfecho el afán de novelería entre el parpadeo de las luces.

Yo logré, con gran esfuerzo, romper los abrazos que se prodigaban las parejas y, metiéndome por entre aquellos cuerpos que ocupaban toda la longitud de la escalera, me encontré de pronto en medio de una reducida estancia. A un lado bailaban rock entre penumbras unas diez

cuando un hombre se acercó a mí y me dijo:

deaba del otro lado, siguiendo con el cuerpo el ritmo frenético de sus instrumentos. Atrás, una hilera vertical de luces de todas colores len

El centro de la rueda compacta que ahora formaban los presentes se fue poblando de réplicas mías que a su vez empezaban a integrar otro círculo menor. Yo seguía de pie frente a las luces que continuaban seccionándome y doliéndome y deleitándome hasta la parálisis.

Cerré los ojos para poder resistir mejor tanto dolor placentero, suponiendo que todo no era más que un sueño y que, como tal, no tenía por qué tener prisa alguna en despertar. Al abrirlos, la pieza que tocaban los melenudos se había hecho lenta y las parejas bailaban muy juntas. Ya no vi luces parpadeantes sino una acogedora penumbra en el sótano.

El hombre que nos observaba desde el centro de la estancia, donde yo había estado segundos antes, tenía estampada en su rostro, para mí totalmente desconocido, la más aguda incredulidad. Sólo entendí su asombro cuando logré ubicarme nuevamente. Y mi sorpresa no debió ser entonces menos intensa que la suya, pues me di cuenta de que todas las muchachas de la fiesta bailaban pegadas a mí. Yo las sentía de muy diversas maneras junto a los muchos cuerpos idénticos que habían sido engendrados a partir de aquel otro que poco antes fuera único. Comprendí de golpe que el resto de los hombres que habían estado bailando al llegar yo, se hallaban congregados en el cuerpo del que ahora lanzaba miradas de odio a las múltiples formas de mi ser.

Después de haber apartado a las muchachas, nos dirigimos hacia el intruso y, obedeciendo a una sola idea, sin decir palabra, lo echamos de la fiesta.

México, 8 de julio de 1971

Suicidio

*Varios tragos es la vida y
un solo trago es la muerte.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

No era cuestión de ponerse a pensarlo ahora. Había que hacerlo y ya. Sin perder tiempo. Ella podía llegar en cualquier momento y entonces no hallaría el valor.

Se miró nuevamente al espejo. Llevó el arma a la sien derecha.

Alguien tocaba a la puerta. Trató de apretar el gatillo. Seguían tocando. El dedo como paralizado. La echarían abajo. No podía. Bajó la pistola.

El estruendo de la detonación lo hizo saltar. Sus ojos recorrieron angustiados la trayectoria del brazo colgante. Allá abajo, demasiado lejos, en un mundo derrotado por la inercia, estaba la mano cerrada sobre el arma.

Atónito, se buscó en el espejo. Frente a él, su figura delgada caía en ese momento al suelo, desorbitados los ojos, destrozada la cabeza. Un frío puntiagudo laceró la carne asombrada hasta penetrar los huesos.

A sus espaldas oyó cómo cedía la puerta. Reconoció los gritos. Se volteó para confirmar que salían de ella. Detrás de la estampa descolorida de la mujer lo miraban perplejos dos guardias.

Quiso explicarles. Estaba a salvo. Había sido sólo una debilidad momentánea. No volvería a asustarla así. Lo del espejo era un fenómeno óptico, una alucinación colectiva. Cosas así pasaban a veces. Tóquenme, dijo. Estoy bien. Pero tuvo la impresión de que las palabras habían permanecido presas en sus ganas de decirlas.

Continuó curioseando en las cosas que él había encontrado en el...

realidad no importaba. Lo esencial es que estoy vivo. Lo otro es sólo un sombrío anuncio de lo que pudo haber sucedido si no llegas a tiempo. Te quiero, Andrea. Tienes que perdonarme. Empecemos otra vez, aún podemos. Dame otra oportunidad. Ven, deja que te abrace. Pero los gritos de la mujer golpeaban ahora la boca abierta de él a medida que la desesperación llenaba el cuarto. Ella se había quedado un poco atrás, las manos crispadas sobre el rostro. Los guardias se inclinaban sobre el cuerpo.

La vio romper de pronto su estatismo, correr como una loca hasta meterse en aquel fondo natural que había sido el amplio espejo. Allí abrazó la cabeza que soltaba sangre a borbotones sobre el suelo. Los guardias se levantaron respetuosos.

Supo entonces que a su alrededor no estaban ya los muebles conocidos, que las paredes donde habían colgado una noche los mejores cuadros de ambos sólo existían en su lugar habitual al fondo, donde creyó que estaba el espejo. Miró la mano donde aún guardaba la sensación metálica del arma. En seguida supo que habría que buscarla lógicamente atrás; a pocos metros del cadáver.

Todavía trató de entender racionalmente el proceso que podía darle sentido a los hechos. Los hombros convulsos de Andrea le comunicaron que sería inútil. Entre la incertidumbre y los sollozos se instalaba cada vez más una infranqueable sensación de finalidad. Él podría resignarse. Lo sentía por ella. ¡Por ella!

El esposo

Regresaba al fin, tras larga ausencia. Nada parecía haber cambiado en la ciudad. Pero ese día la vi por la calle del brazo de un hombre. Llovía. El cabello lo llevaba más largo que nunca, hasta las caderas, empapado. A él no pude verle la cara, pues ella lo tapaba.

Supe que estaban casados porque un amigo que me acompañaba me lo confesó al ver que me disponía a correr a su encuentro. Pasaron de largo, sin verme. La lluvia no parecía molestarlos.

Un nuevo impulso me obligó a ir tras ellos. Apresuré el paso. Pronto dejé de percibir las ráfagas continuas que ahora caían con más saña.

Ya casi les daba alcance cuando él detuvo un taxi. Corrí. Primero subió Sandra. Pude agarrarlo por el saco. Apenas se sintió zarandeado se dio vuelta y, sin pensarlo dos veces, me incrustó el puño enorme en medio de la cara. El taxi se alejó a toda prisa.

Dudo mucho que ella se diera cuenta de lo ocurrido. Estaba demasiado absorta en su nueva felicidad. Pero yo quedé fulminado, más que por el golpe, por la perplejidad, al descubrir quién era ese hombre que me la quitaba.

Desde entonces, no pudiendo soportar el acecho de su rostro cada vez que me veo reflejado, destrozo cuanto espejo se me atraviesa en el camino. Aunque debo confesar que no por eso me odio menos.

México, 12 de diciembre de 1971

Duplicaciones

No es la primera vez que aquel hombre pasa frente a ella. En realidad lo ha visto rondándola por lo menos tres veces desde que estacionó su Mustang junto a la camioneta gris que le habían ordenado vigilar. Tras seguir toda la mañana a Li Peng, tan extrañamente parecido al hombre que acababa de llegar a la esquina, que se le queda mirando desde allá y que ahora comienza a caminar otra vez hacia ella, la mujer espera sentada en el Mustang a que salga de la Embajada. Hace más de veinte minutos que lo vio entrar por la puerta principal. El guardia debió haberlo reconocido de inmediato, pues en seguida hizo un gesto con la cabeza y se colocó a un lado. Li Peng no miró para atrás como ella lo había esperado. Si acaso sospechaba que lo seguían, no daba muestra alguna.

Cuando el hombre que la ha estado mirando llega junto al Mustang, inclina la cabeza para hablarle, cosa que a ella le sorprende mucho. Ha sido un movimiento súbito, y la mujer no logra introducir la mano en el bolso donde guarda la pistola. Ambos se miran en silencio. Ella puede comprobar entonces, incrédula, que en realidad se trata de Li Peng, aunque no puede ser, pues éste no sale aún de la Embajada. Y sin embargo es él; por lo menos tienen facciones marcadamente semejantes, igual calvicie, un idéntico tic nervioso en el ojo izquierdo, la misma piel con señales de una remota viruela. Y la sigue mirando fijamente, con una seriedad que le recuerda el deteniimiento con que ella estudiara días atrás la fotografía ampliada a gran tamaño del hombre al que tendría que seguir a todas partes hasta futuras órdenes. Pero no, no puede ser. Recuerda perfectamente que en el preciso momento en que Li Peng entraba a la Embajada, ella había reparado por primera vez en el tipo (el que ahora le preguntaba respetuosamente: —¿No es usted la señora Torres, de F.I.B.R.A.?) que la miraba con insistencia desde la esquina y que se parecía bastante a aquél.

—Creo que comete un error, señor. Soy la señorita Corrales, maestra de escuela. No conozco a la persona que dice.

—Pero es usted idéntica a la mujer que se pasó la mañana entera siguiendo al hombre que entró en la Embajada hace un rato.

—No sé de qué me habla y le repito que no conozco a ninguna señora Torres. Es usted el que me ha estado vigilando desde hace rato. Le ruego que no siga importunándome o tendré que llamar al guardia.

No comprende cómo este hombre sabe que ella sigue a Li Peng y confunde, sin embargo, su nombre. Tiene ganas de confesarle que sí se ha pasado la mañana vigilando al otro (aunque ella no sea la señora Torres) y que también ella encuentra insólito parecido entre él y Li Peng. Pero ya la mano de su interlocutor se ha introducido por la ventana del carro y abre el bolso que está sobre sus muslos. Le apunta ahora con su propia pistola y con un gesto le indica que debe correrse hacia un lado. El hombre abre entonces la puerta y se sienta junto a ella.

Permanecen en silencio unos minutos. La señorita Corrales comienza a pensar que este hombre tiene que ser en realidad el mismo Li Peng al que había estado siguiendo. Quizá sólo se confundió al ver entrar a otra persona. Su ángulo de visión no le permitía en aquel momento una certeza absoluta. Tal vez sus ojos se habían desviado del verdadero Li Peng la fracción de segundo que demoró en pasar el muchacho de la bicicleta. Sí, ahora recordaba ese detalle. Y en seguida debió fijar la vista en alguien que se acercaba al guardia, vestido en forma similar. Lo cual le hace comprender que ha sido descubierta.

Se dice que está perdida, pero en ese momento ambos ven salir de la Embajada a Li Peng. Éste cruza justamente frente al Mustang y cuando fija la mirada severa en los ojos de ella que lo miran perplejos, la mujer comprueba que se trata de un rostro idéntico al del hombre que continúa apuntándole con la pistola y que ahora sonrío por primera vez.

—¡Es idéntico a usted!— exclama, alarmada, sin poder contenerse.

—Soy yo, mi querida señora Torres— dice él reteniendo la rigidez de su sonrisa.

Cuando se produce el disparo, la mujer cae en la cuenta de que la pistola tiene insertado aún el silenciador que ella misma había puesto esa mañana y piensa que, de algún modo, ella debe ser, efectivamente, la señora Torres, para que la verdadera señorita Corrales sea, lógicamente, aquella mujer exacta a ella que ahora sale del otro Mustang

DUPLICACIONES

estacionado del lado opuesto de la camioneta gris, la que apura el paso para no perder de vista al Li Peng que ya dobla la esquina evitando dirigirse a su camioneta, sabiéndose perseguido, dueño de un rostro que es copia fiel del que tenía el hombre que estuvo sentado ahí al dispararle, pero que ya no está al caer ella sobre el espacio que él había ocupado.

México, 31 de mayo de 1971

Cuando miro su (mi) fotografía

Todo el mundo me dice que mi madre tiene hermosos ojos y que, si la fotografía no miente, su piel poseía la morena delicadeza que hicieran famosa las moras. También sus manos eran bellas, pero ésas sólo las recuerdo yo. Quise proteger su rostro del polvo que entra por las tardes y le compré un marquito dorado, con todo y vidrio. Ahora nada más es cuestión de pasarle un trapo por la mañana y en seguida recupera su brillo habitual.

Lo curioso es que el día que le tomaron esa foto, se pensó (por lo menos eso pensé yo) que saldría de cuerpo entero. Recuerdo que en las manos sostenía un ramo de rosas. Ramón las había enviado horas antes, como preámbulo a su llegada. Pasaron cinco noches y aún lo esperábamos.

Y jamás llegó. Me quedé como enajenada (nos quedamos todos), incapaz de pensar de una forma coherente. Mamá guardó algunos de los pétalos entre las páginas de su libro favorito (mi libro favorito): **María.**

Si hoy le hablo a los amigos acerca de las emociones que años atrás resultaron de aquellas lecturas, sonríen compasivos, guardándose los reproches por respeto a mis canas. No me explico por qué la vida moderna rechaza como debilidad emocional las manifestaciones que un autor sensible recreó en una época tan real como lo fue la nuestra. Hoy le hubieran dicho cursi a mi madre (nos lo hubieran dicho). Pero sus ojos y la finura de las manos (de las mías en aquel tiempo) siguen impresionando a las visitas. Y todos alaban la calidad exótica de una piel que parecía más propia de tierras árabes o tal vez de la India que todos soñábamos, misteriosa y lejana.

Enciendo la chimenea en las tardes de lluvia (siempre nos hizo daño la humedad) y sus facciones (no ya las mías) cobran una vida tan

forzosa, que a veces pienso que su felicidad al tomarse aquella fotografía que luego iba a regalarle a Ramón (pero nos quedamos esperándolo, a veces creo que aún lo espero), romperá el cristal que la protege del polvo (ojalá pudiera proteger también este rostro mío, no del tiempo —ya eso no tiene remedio— sino de las alergias y estornudos que mamá no siente tras el vidrio), y vendrá a unirse a mis arrugas como esas superposiciones realmente ingeniosas que hacen hoy día en las películas. Entonces su piel (mi piel de antes) sobre la mía, de algún modo haría el milagro. Viviríamos como un solo recuerdo los halagos que me hacían los hombres en las esquinas (que le hacían, que aún le hacen las visitas al contemplar con admiración su fotografía sobre la chimenea). Volvería a sentirse atractiva con sus cabellos negríssimos cayendo sobre mis senos (que ya no tendrían por qué avergonzarse de estar flácidos, de casi no estar), cubriéndolos. Y la tristeza de mis ojos se alumbraría con el brillo entusiasta de los suyos (de los míos cuando esperaba la llegada de Ramón y me tomaba fotografías para luego regálárselas). Sería como releer *María* de otra forma y llorar inútilmente al comprender que nos habíamos quedado sin Ramón, que lo habíamos perdido para siempre, y ver pasar los años y sentir las transformaciones y no saber por qué no vino y sin embargo esperarlo aún hoy —un viejito de mi edad. Porque todavía no puedo creer (como nos dijeron a los dos meses) que mi novio haya muerto de esa tisis que sólo leíamos en las novelas de aquel tiempo, esa muerte tan de moda entre los héroes.

México, 29 de mayo de 1971

La tarde del encuentro

Hoy es ayer y es siempre y es deshora

OCTAVIO PAZ, "El ausente"

Fue en diciembre. No sabía qué forma tomaría su asombro al verme de pie, en medio del patio, a la salida del colegio. Hacía rato que la esperaba impaciente.

Sus cartas, largas y llenas de añoranza, me llegaban cada semana. Yo las leía una y otra vez adivinando la angustia que originaba cada frase, agradeciéndole sus palabras de estímulo y ternura. Pero a los pocos meses comenzaron a cambiar el tono y la extensión de los párrafos. La melancolía de Anayansi se enfriaba. Y un día las cartas dejaron de llegar.

Le escribí en seguida a todos los conocidos, a los que supieron de nuestra relación y también a los otros, los amigos que nunca sospecharon que el respetable profesor Valverde se acostaba con una de sus alumnas. Les rogué que la buscasen, que le pidieran una explicación. Incluso le pedí a un colega mío, hombre de mediana edad a quien respetaba como a un padre, que le hablara de la desesperación que había motivado en mí su silencio. Casi todos los que sabían de mi amor por Anayansi me contestaron lo mismo: «Es que tiene mucho trabajo», cada cual a su manera; «ya sabes que este año se gradúa y que, además de ir al colegio por las tardes, hace la práctica en la mañana, en una empresa particular». Mi amigo el profesor Carrillo añadió otro dato: «Por la noche ensaya una obra de teatro en el colegio. La pobre está ocupadísima. Pero me asegura que te sigue queriendo y que no tienes por qué preocuparte. Dice que apenas pueda te escribirá». Los demás, aquellos que no sabían nada, se sintieron cohibidos y, por supuesto,

evadieron el tema en sus cartas. En todo caso, Anayansi no volvió a escribir en los cinco meses que permanecí fuera.

Y esa tarde, poco después de llegar a Panamá, ya la estaba esperando en el colegio con una ansiedad que me impedía fijarme en los rostros de los alumnos y profesores que pasaban a mi lado. Demoraba mucho tiempo en salir. No pudiendo contener el nerviosismo que me tenía caminando de un lado al otro del patio desde hacía más de una hora, le pregunté a una alumna, cuya cara me era vagamente familiar, si Anayansi Sarmiento ya se había ido.

—¡Pero profesor, Anayansi está en su salón desde hace rato!— me respondió la muchacha poniendo cara de asombro al verme. Me dio mucho gusto que me hubiese reconocido después del año de ausencia y, sobre todo, que aún se refiriera a ese salón amplio y lleno de pequeñas ventanas donde había enseñado durante tan poco tiempo, como si todavía fuera el mío. Le di las gracias y continué esperando.

Media hora más tarde, desesperado ya y a punto de atravesar el patio, subir las escaleras y darle la sorpresa en el salón mismo, sin importarme quiénes pudieran estar allí ni lo que pensarían al verme abrazarla loco de felicidad, la vi bajar conversando animadamente con un hombre alto, bastante joven, rubio, de saco gris y pantalón negro, que llevaba un maletín oscuro bajo el brazo. Pensé que sería, a no dudarlo, alguno de los nuevos profesores que el colegio debió haber empleado cuando yo y otros colegas nos ausentamos con el fin de realizar estudios de postgrado en el exterior.

Haciendo esfuerzos insólitos por calmar la emoción que ya crecía en mí como cuando tenía quince años y me disponía, tras innumerables titubeos, a pedirle a la primera chica de quien me enamoré que fuera mi novia, me acerqué a la pareja.

—¡Hola, Anayansi! — dije a pocos pasos de ellos.

Ambos me miraron. Me siguieron mirando interminablemente. Yo al principio sólo tenía ojos para verla a ella, más hermosa que nunca con su cabello largo, muy largo y negro, como sus ojos atónitos.

Al fijarme en él, me vi mirándome, perplejo.

Entonces Anayansi se desplomó sin decir palabra.

Yo sentí de pronto que mis impulsos se desplazaban, que inexplicablemente entraban en aquel otro cuerpo idéntico al mío que ya se agachaba sobre mi amada, que le daba cachetadas en las mejillas páli-

DUPLICACIONES

das, haciendo caso omiso de la inercia que se había apoderado de mi ser tornándolo frágil hasta la transparencia.

México, 13 de julio de 1971

El incidente

Los ojos vidriosos de aquel rostro amoratado arrancaron una expresión de pesimismo a mi amigo. Estuve de acuerdo en que se moría antes de llegar la ambulancia.

Íbamos caminando por la avenida Álvaro Obregón con ganas de encontrar lo antes posible un sitio económico en donde comer. En una esquina nos habíamos topado con un grupo de curiosos que rodeaban a alguien. Nos acercamos. Dos hombres se inclinaban en ese momento sobre el bulto tirado en el piso. Cuando uno de ellos se levantó para pedirle a la gente que llamara a una ambulancia, logramos ver que la sangre brotaba lenta de un pecho apuñalado, empapando la camisa.

Hoy he recordado aquel incidente. Me lo recordó la súbita visión de un cielo sorprendentemente azul, con esparcidas nubes blancas, que me hizo olvidar que estaba en la ciudad de México. Por todas partes oía voces, intuía sombras en movimiento, que se acercaban.

El tiempo pasaba y sólo llegaban más curiosos. Resultaba evidente que el hombre que permanecía junto al herido ignoraba toda noción de primeros auxilios, y a cada rato rogaba que nos hiciéramos para atrás, dejen circular el aire. Nadie parecía saber a ciencia cierta lo ocurrido. Una riña callejera, opinaban unos. Ese que está con él es el hermano, dijo otro. Apesta a alcohol, le comenté a Jaime. Qué terrible ver cómo se le escapa la vida y no saber ayudarlo, exclamó éste.

Allí viene la ambulancia, grita una mujer. Yo me alejaba por instantes, me alejo, dejaré de estar tendido sobre el cemento duro y caliente antes que me caiga encima el cielo. Alguien me había querido robar a la salida del cine, supuse con indiferencia. No lo muevan así, debieron haber dicho refiriéndose al hombre de la puñalada. Entonces parpadeó dos veces con una lentitud inexpresiva poco antes de que lo acostaran en la camilla. Pero el que me tenía agarrado por debajo de

los hombros me soltó al instante, con torpeza, lo que me hace pensar que tal vez hablaban de mí después de todo.

La ambulancia se disponía a partir cuando se presentaron varios patrulleros. Sus preguntas, libreta en mano, a todo el mundo, incluyendo el supuesto hermano de la víctima, retrasaron algunos minutos la partida. Pensar que cosas así ocurren todos los días, comentó Jaime. Y otras peores, añadí, en todas partes, con o sin premeditación. Comenzamos a caminar. Me pareció un mal momento para mencionar la fatiga punzante que se había ensañado conmigo. En la distancia, la sirena empezaba a confundirse con los ruidos de la ciudad. Busqué con la vista alguna fonda. Mi amigo, un poco pálido todavía, daba la impresión de estar sumido en hondas meditaciones.

Se desangra, musitó una voz gangosa cerca de mi oído. Las cabezas como buitres acechantes me han tapado el cielo. Este carnet dice que es panameño. ¡ Si pudiera oler el mar! Nunca te vi bailar el tamborito, Nereida. Pues yo hubiera jurado que era gringo, ¿sabes? Aquel pobre hombre dejó un charco viscoso sobre la acera, ¿te fijaste? Sí, Jaime, pero tu comida se enfría.

Dejen pasar a los camilleros. No se distinguía el color de la arena la noche que paseamos en Fuerte Amador y aquel radiopatrulla gringo salió de pronto de la oscuridad. Este chico no llega vivo al hospital. ¡Mentira, sí llego, sí llego, nada más devuélvanme las nubes! Con cuidado, apártense por favor. ¿Por qué diablos gritan tanto? Antes sólo oíamos las olas estrellándose allá afuera, lejos, lejos...

Ahora las veo, gracias, y esos gringos de mierda exigieron que nos identificáramos en nuestro propio país, coño, ¡tan azul otra vez el cielo, y en México, parece mentira!, como la tarde que aquél hombre ya no veía, Jaime, cuando se lo llevaron, sí, las nubes, Nereida. Penetro en un silencio oscuro y me invaden los desinfectantes y un niño llora en algún sitio que no es ya tu vientre y qué raro que no se oiga aún la sirena. Todavía soy capaz de anhelar que mi amigo me confirme si aún estamos en la esquina de Obregón viendo alejarse una ambulancia. Y este espacio blando que me absorbe, ¿dónde está y por qué no duele?

México, 4 de septiembre de 1972

